

SAUL BELLOW, *El hombre en suspenso*, trad. de Jordi Fibla Fleito, DEBOLSILLO, Madrid, 2005, 184 pp. ISBN: 978-8497937672.

En su discurso el 10 de diciembre de 1976 en el banquete del Premio Nobel, Saul Bellow (1915-2005) recordó que, a pesar de las apariencias, el niño que llevamos dentro se deleita y, por otra parte, el adulto es escéptico. Bellow hablaba de sí mismo. Pero tratándose de un verdadero novelista, original y profundo, sin duda se refería también a todo el mundo. De ese modo, había establecido, de manera consciente o no, la línea que separa al lector del escritor. Por tanto, la escritura de la novela debería salvaguardar las apariencias, sustentada en la duda. Tal vez sea el motivo, controvertido y enormemente discutible por lo demás, de que Bellow haya abordado la literatura como un comentario filosófico. El lector de filosofía, que probablemente se distingue del filósofo en que se recrea en la conducta de la vida, sería, en efecto, un apelativo adecuado para el escritor canadiense, permanentemente en suspenso, como todos sus libros muestran de manera ejemplar, entre ambos mundos.

El hombre en suspenso (1944), opera prima del autor, prefigura en cierto modo a *Henderson, el rey de la lluvia* (1959), ambos combinados magistralmente en *Herzog* (1964), aunque tal vez *El legado de Humboldt* (1975) sea el libro más maduro y desencantado de Bellow en relación con el individuo. Otra cosa es que la idea de que el hombre, ante el fracaso de un nuevo matrimonio, tiene que afirmarse en su creencia incuestionable en el matrimonio recorra toda su extensa obra. *El hombre en suspenso* no es una excepción al respecto, en el sentido de que prepara elocuentemente el camino para ello. No obstante, la premisa de la novela es la pregunta por el sentido de la vida, y de la ética: “¿Cómo debería vivir un hombre bueno?” (p. 37) ¿Cómo debemos vivir, pues? La elección se refiere, en todo caso, al significado de ver el mundo, alejado de todo perspectivismo, y tiene lugar, característicamente, entre el deber y el deseo. Sin embargo, la respuesta de Bellow, que opta kantianamente, libremente por el deber por el deber (“¡Hurra por la supervisión del espíritu! ¡Viva la disciplina estricta!” llega a decir, p. 177), sugiere inexplicablemente que el dilema de la voluntad se resolvería en atención a lo que ha llamado el Espíritu de las Alternativas en clara alusión al valor de la imaginación. Entendida como la sublimación del deseo en sus páginas, la imaginación representa o aspira a la eternidad. Ahora bien, la buena voluntad, con la connotación de la imaginación como guía o suplemento, supone tanto una recomendación como una advertencia: “Las alternativas, en especial las alternativas deseables, solo crecen en árboles imaginarios” (p. 78), escribe Bellow. Si la eternidad es la cualidad insondable de lo divino, entonces Dios existiría “tanto si lo reconociéramos como si no”. Por el contrario, abandonarse a sí mismo no sería equiparable “al dominio de uno mismo” cuando se admite que las expectativas son un límite para la libertad, aunque nos hubieran enseñado que “no existe límite alguno a lo que un hombre puede hacer” (p. 82). De hecho, el autodominio es la moderación inconcebible de la filosofía, no el carácter literario de la escritura imaginativa. Desde el punto de vista del lector, la idealización de las alternativas puede verse como un

exceso de la confianza en sí mismo cuya grandeza es el resultado de una “avidez insondable”. En consecuencia, “la mejor solución sería vivir como si no hubieran eliminado las expectativas corrientes” (p. 138). Lo que significa, en otras palabras, que “cada uno de nosotros es responsable de su propia salvación” (p. 82). Aparentemente, la secularización de la “gracia” recibe, en las páginas irreverentes y precisas de Bellow, el nombre de “grandeza”, evitando así el poder de atracción del viejo carisma (“una estima desmesurada”), a pesar de conservar la mirada como estructura de posibilidad infinita.

Que Joseph tomara la decisión de inscribirse en el ejército de manera voluntaria era, a todas luces, un modo falso de suspender el juicio, de poner en práctica la voluntad de vivir que no debe confundirse con la voluntad de saber: “Ya no voy a ser responsable de mí mismo, y eso es algo que agradezco. Estoy en otras manos, liberado de la autodeterminación, cancelada la libertad” (p. 177). Al final se revela su inmoralidad, a saber: aunque el vicio es tangible, a veces resulta inasumible. Aunque la guerra pone en suspenso al hombre y su existencia, el deseo de morir para evadirse de la realidad es, sin duda, un acto de cobardía. Para que arriesgar la vida fuera la única tarea verdaderamente digna de cada uno de nosotros, habría que admitir que la ética de la responsabilidad implica la ausencia de normas o la anarquía. La infidelidad, en especial a sí mismo, es una prueba incontestable de la comunidad humana. No somos un “reflejo”, como piensa Bellow, del mundo que nos rodea, sino que el hombre también se hace a sí mismo a medida que va fragmentándose con el tiempo: “Los mundos que buscábamos no eran jamás los que veíamos” (p. 25) es la descripción perfecta de la realidad que subyace a la diferencia entre las palabras y las personas, entre el pensamiento y la acción. De ahí que la libertad, no la felicidad, sea el objeto del deber para el escritor o el novelista, aun cuando el “esfuerzo” o el “impulso” necesario para cumplir con ello resulte ininteligible, vacío.

Bellow ha escrito que “la mayor de las crueldades es reducir las expectativas sin arrebatar la vida por completo” (p. 138).

Antonio Fernández Díez